Miércoles, 14 de noviembre 2012

La disuasión en época de decadencia.

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/11/deterrence-in-age-of-decline.html

Hay momentos, y este es uno de ellos, en que me pregunto si en algún instante de las últimas semanas no habremos sido todos teletransportados a un universo alternativo en el que nada funciona como es debido. Esa sensación puede ser un poco más fácil de entender si menciono que acabo de ser elogiado en el programa "en antena con Glenn Beck". Sí, *ese* Glenn Beck[1]. Él estaba comentando una entrevista que hice hace no mucho con Chris Martenson en su podcast del pico de la prosperidad, algo que uno no se esperaría que le gustase a alguien como Beck. Ah, y Beck señaló en el mismo programa que por supuesto, hay límites estrictos para la energía y los recursos.

Si eso no ha puesto su cerebro a dar vueltas, querido lector, considere lo siguiente. En medio de toda la algarabía sobre la nueva era de independencia energética de Estados Unidos, el Atlantic Monthly[2] publicó un artículo señalando que Estados Unidos no sería energéticamente independiente ni incluso aunque llegase a producir más petróleo que Arabia Saudita. Algo que, por supuesto, cualquiera que eche números ya sabe; Desde hace varios años, Arabia Saudí ha sido el segundo mayor productor de petróleo del mundo, justo detrás de Rusia, y en el puesto número 3 tenemos —por favor, un largo redoble de tambor— a Estados Unidos. Es una medida de la pura extravagancia del derroche: el hecho de que el tercer mayor productor de petróleo del mundo aún tiene que importar alrededor de dos tercios del petróleo que consume cada año.

Una vez más, esto no es noticia, o no lo sería si los americanos tuvieran algún interés por el mundo real. No me sorprende que el Atlantic Monthly haya publicado un artículo tan irritante para nuestra ilusión nacional del momento. Lo que me pareció muy sorprendente es que el artículo en cuestión se haya difundido por toda la Internet. Es casi como si la gente estuviera empezando a percibir la dura realidad de la situación de la sociedad industrial y parece sugerir que hemos llegado a un universo muy distinto del que hemos estado viviendo en las últimas tres décadas.

Siendo ese el caso, voy a correr el riesgo de discutir algunos los temas que yo normalmente obviaría, a pesar de que tienen una gran relevancia para el proyecto global de este blog y para el proyecto específico de los últimos meses que he ido publicado en el Informe Archidruida: el final de la era del imperio de los Estados Unidos. Y no es que no tenga nada que decir sobre estos nuevos temas, todo lo contrario. Es porque son asuntos candentes, que hacen perder la cabeza al más cuerdo.

Lector, entenderás mucho mejor de lo que estoy hablando si te digo que el primero de estos temas, el que voy a discutir esta semana, es el papel de las armas nucleares en la decadencia y caída del imperio de los Estados Unidos, y más en general en los últimos años de la civilización industrial.

Quienes piensen que este asunto es algo de locos sólo tienen que recordar esos días inquietantes, cuando el petróleo rebosaba de las profundidades del Golfo de México y las palabras "Deepwater

---

1 N. del T. **Glenn Lee Beck** es una personalidad estadounidense de radio y televisión, además de comentarista político, escritor y activista político. Presenta y dirige el programa de radio The Glenn Beck Program, que se difunde por todo Estados Unidos desde la cadena Premiere Radio Networks, y el programa de televisión homónimo en Fox News Channel. Beck es mormon desde su infancia y se define ideológicamente como conservador. Piensa que la familia es la base de la sociedad, es antiabortista, partidario de menor injerencia del gobierno y de la reducción de la deuda del gobierno. Cree que no hay evidencia de que la actividad humana influya en el cambio climático. Apoyó la legalización del matrimonio homosexual en los EE.UU., pero la cuestión no es si se debe permitir o no el matrimonio de los homosexuales, sino por qué el gobierno tiene que entrometerse en un matrimonio. Tomado de Wikipedia.

2 N. del T. **The Atlantic**, fundada como **The Atlantic Monthly** en 1857 en Boston, es una revista literaria y cultural creada por un grupo de escritores entre los que se encontraban Ralph Waldo Emerson, Henry Wadsworth Longfellow, Oliver Wendell Holmes, Sr. y James Russell Lowell; este último se convertiría en su primer editor. Originariamente, era una publicación mensual con 425.000 lectores suscritos; en (2006) se publicaba diez veces al año y constaba de artículos de temas políticos y asuntos internacionales, así como críticas literarias. Es una revista muy influyente por sus artículos literarios y políticos.

Horizon" estaban en boca de todos. En un asombroso número de foros de internet, la gente clamaba diciendo que la única manera de resolver el problema consistía en utilizar un arma nuclear en el propio pozo. No recuerdo que nadie fuese capaz de explicar exactamente las bondades de vaporizar los últimos obstáculos para contener el flujo de petróleo ni las de crear un tsunami radiactivo con olas de 20 metros de agua e hidrocarburos, dirigiéndose hacia las costas del Golfo. No recuerdo muchos casos en los que nadie haya caído en estos detallitos sin importancia.

Es notable ver cómo muchas personas parecen olvidar que un arma nuclear es simplemente un explosivo. Es un explosivo muy muy potente que produce residuos peligrosos cuando explota, pero no es más que un explosivo. Por ejemplo, no es capaz de abrir una brecha en el tejido de la realidad, a través del cual las cosas inconvenientes o no deseadas pueden ser empujadas hacia el vacío primordial; todo lo que puede hacer es reducir cosas a pedazos, y a menos que la solución del problema sea reducirlo a pedazos —o la amenaza de hacerlo— un arma nuclear no será nada conveniente. Nos llevaría mucho tiempo descifrar la mentalidad de este país con respecto a las armas nucleares, pero por lo general, una vez que se considera en un debate la posibilidad de utilizar un arma nuclear, hasta el tipo más básico de las ondas de pensamiento racional dicen adiós y el cerebro se queda en un estado de irrealidad.

Debo decir que no todo el razonamiento dudoso sobre a las armas nucleares es tan disparatado como el ejemplo que acabo de dar. Pueden verse ejemplos menos vistosos de locura nuclear, para lo que voy a citar dos comentaristas recientes en este blog. Uno de ellos, a mediados del mes pasado en la narración sobre la caída de América ("Así es como empezó todo"), argumentó que un presidente de Estados Unidos enfrentado a un ataque militar chino como el descrito en el segundo episodio simplemente ordenaría un ataque inicial sobre el arsenal nuclear de China, lo destruiría en tierra, y podría a hacer frente a la crisis desde una posición más fuerte. Otra lectora, en un comentario tras terminar el ciclo de ficción, insistió en que debería haber dejado fuera de la narración todos los aspectos militares, ya que, según ella, la especie humana está evolucionando más allá de la guerra. En el debate que siguió, se observó, lamentablemente, que si bien nadie quiere una guerra nuclear tenemos armas nucleares. ¿No es una locura?

Pues no, no es de locos. Es evidente que algunas personas —mi primer comentarista es un ejemplo— creen que la guerra nuclear puede ser una buena idea. (Un primer ataque exitoso con cabezas nucleares en el arsenal del enemigo sigue siendo una guerra nuclear.) Sin embargo, vamos a empezar con el primer comentarista, ya que proporciona un buen ejemplo de un cierto tipo de irracionalidad nuclear que es bastante común en estos días.

Supongamos que un presidente de Estados Unidos, enfrentado a una crisis militar en el extranjero, ordena y realiza un primer ataque nuclear contra el arsenal nuclear estratégico de China. Supongamos también que, haciendo caso omiso de todas las reglas de la estrategia (desde Sun Tzu[3] en adelante), los chinos no han previsto esa posibilidad, no tienen su arsenal listo para el lanzamiento, y no han notificado a los EE.UU. que lanzarán sus bombas en cuanto un cohete estadounidense entrase el espacio aéreo chino. Digamos también que el ataque estadounidense es —algo poco realista— enormemente eficaz: de las 175 cabezas nucleares chinas, 174 son destruidas en tierra junto con sus sistemas de lanzamiento, pero queda un único misil, con una sola cabeza 100 kilotones. Se dispara en trayectoria balística a través de la ionosfera y explosiona en el aire a baja altitud sobre San Francisco.

¿El resultado? Los Estados Unidos acaban de sufrir el mayor desastre de su historia. El número de bajas por una cabeza nuclear probablemente superaría las 600.000 muertes de militares en la guerra civil, el conflicto más sangriento de nuestra nación hasta la fecha. Cientos de miles de millones de dólares en daños inmediatos serían un durísimo golpe a la economía de la nación, y una constelación de otros costes a largo plazo podrían elevar el costo final en uno o más órdenes de magnitud. El impacto del huracán Sandy en la costa este, o el del Katrina en Nueva Orleáns serían una fracción insignificante de lo que estamos discutiendo aquí.

---

[3] N. del T. **Sun Tzu** fue un general, estratega militar y filósofo de la antigua China. El nombre por el que lo conocemos es en realidad un título honorífico que significa «Maestro Sun». Tradicionalmente se le considera como el autor de El arte de la guerra, un influyente tratado sobre estrategia militar. Sun Tzu ha tenido un impacto significativo en la historia y culturas china y asiática, tanto por escribir El arte de la guerra como por ser una figura histórica legendaria.

Y se plantea la siguiente pregunta: ¿qué habría ganado Estados Unidos a cambio de esas enormes pérdidas? En el ciclo narrativo, una mejor posición militar frente a los chinos y, si todo va bien, una caída en el precio del petróleo. Es decir, no mucho en comparación con el coste.

Esa es la lógica que muy pocas veces se considera en la disuasión nuclear. Ninguno de los objetivos concretos que una nación puede lograr mediante el lanzamiento de un ataque nuclear contra otra nación compensa ni de lejos los costes que sufriría incluso con una respuesta nuclear débil. Si el primer ataque de Estados Unidos que acabamos de describir no logra un resultado tan improbablemente eficaz, los costes aumentarín en proporción; diez hongos atómicos más grandes en diez ciudades de Estados Unidos dejarían la economía de Estados Unidos tan paralizada como quedaron las economías Europeas tras la Segunda Guerra Mundial, pero sin un Plan Marshall a la vista. El impacto del arsenal chino completo —pequeño para los estándares americanos o rusos— probablemente significaría el final de los Estados Unidos como nación del primer mundo. Sin duda, gran parte de China quedaría reducida a escombros radiactivos, pero ¿podemos imaginar que eso supondría alguna ventaja para lo que quedase de los Estados Unidos?

Por eso la República Popular de China se contenta con un arsenal nuclear tan pequeño. No hace falta uno mayor; todo lo necesita es que cualquier otra potencia nuclear que pudiera pensar en lanzar un ataque sobre China sepa que se enfrenta a pérdidas totalmente inaceptables. Por eso Israel se aferra con tanta fuerza que sus armas nucleares, por eso la India y Pakistán son ahora mucho más amables el uno con el otro, ya que ambos se convirtieron en potencias nucleares, y por eso Irán se unirá inevitablemente al club nuclear en los próximos años —y cuanta más fuerza ejerzan los EE.UU. sobre Irán más abrumadora será la presión sobre los líderes de Irán para fabricar y probar una cabeza nuclear y dotarse así de una manera verdaderamente eficaz de poner coto a los países hostiles—.

El error cometido por mis dos comentaristas se puede resumir de manera muy sencilla; piensan que las armas nucleares existen para ser usadas en guerras nucleares. Ese fue el caso de las dos primeras bombas de fisión, Little Boy y Fat Man, pero no ha sido cierto para ninguna otra arma nuclear a partir de entonces. Existen, pero no para combatir sino para amenazar. Aquellas personas que hacen cábalas acerca de si se llegarán a utilizar armas nucleares y cuándo no han entendido nada. Las armas nucleares se usan todo el tiempo, con gran eficacia, por todos los que las tienen, para garantizar la supervivencia nacional y trazar líneas precisas que otras naciones, e incluso otras potencias nucleares, no cruzarán.

Una objeción común, que probablemente necesite una cierta explicación. Es la insistencia en que esta lógica puede funcionar muy bien con los líderes usuales de los países, pero ¿qué pasa si las armas nucleares caen en manos de un dictador loco? Otro comentarista, mas adelante, de hecho señaló que el argumento definitivo contra mi lógica estaba contenido en las palabras "George W. Bush".

Probablemente fue descortés de mi parte señalar que Bush tuvo el control del arsenal nuclear más avanzado del mundo durante ocho años, y de alguna manera todavía estamos aquí. Yo ya he discutido, en un post hace muchos años, el papel destructivo que juegan en nuestra sociedad actual la pornografía del miedo y el odio político que se ha extendido en ambos partidos, y tampoco nos hemos hundido. Sin embargo, hay un punto aún más preciso que se puede traer a colación, y es el simple hecho de que las armas nucleares ya han caído en manos de dictadores locos. Josef Stalin y Mao Zedong difícilmente pueden ser descritos en otros términos; ambos eran megalómanos homicidas, responsables directos de aniquilar a decenas de millones de las personas que gobernaban, y ambos tenían armas nucleares. Una vez más, aún seguimos aquí.

Por lo demás, fijémonos en el dictador loco que suele estar el primero en la lista de casi todo el mundo, Adolf Hitler. Hitler no tenía armas nucleares, pero tuvo algo muy parecido, enormes reservas de tres gases nerviosos altamente letales, y medios para transportarlos y utilizarlos. Fácilmente podría haberlos lanzado sobre Londres y muchos otros objetivos militares y civiles. Nunca los usó, ni siquiera cuando últimos batallones de la Wehrmacht estaban luchando contra las tropas rusas en las afueras de Berlín y su propia muerte estaba muy próxima. ¿Por qué no lo hizo? Porque los aliados también los tenían, sabían que habría represalias, respondiendo con las mismas armas. Las ventajas militares de gasear Londres, o incluso las playas de Normandía en el Día D, palidecían en contraste con el impacto

de los ataques aliados con gases nerviosos contra los ejércitos alemanes en el Frente del Este. Es decir, como la mayoría de los dictadores locos, Hitler pudo haber sido loco, pero no estúpido.

La misma lógica, dicho sea de paso, se aplica al resto de armas de destrucción masiva. A menos que seas el único país en un conflicto dado que tiene el poder de aniquilar a gran número de personas con una sola arma, nunca sale a cuenta utilizar armas de destrucción masiva, porque la venganza te costará al menos tanto como lo que vayas a ganar con el uso del arma, y por lo general mucho más. Por eso los planes para equipar divisiones de infantería con cohetes nucleares montados sobre camiones-lanzaderas que llenaban los sueños de los planificadores militares estadounidenses en la década de 1950 acabaron como el Ford Nucleon, un concept-car de 1957 impulsado por un pequeño reactor nuclear (de medio litro de volumen), y por eso las enormes bombas de muchísimos megatones de la misma época fueron desmontadas y sustituidas por ojivas mucho menores en las siguientes décadas.

Es muy probable que un presidente estadounidense gane en las próximas décadas el Premio Nobel de la Paz, (no como el actual, que lo obtuvo más o menos de chiripa) por completar el proceso de negociación y firmar un tratado con Rusia para el desguace de la mayor parte de los arsenales de ambas partes. Unas 50 ojivas nucleares por cada país, por ejemplo, serían más que suficientes para proporcionar un efecto disuasorio frente a cualquiera, y el ahorro de dinero y recursos serían considerables. Esto último puede convertirse en un problema importante en las próximas décadas, ya que la era de la energía barata y abundante llega a su fin.

Hay algo sobre las armas nucleares que casi nunca se tiene en cuenta: son dispositivos sorprendentemente delicados, y no se almacenan bien. Ciertos componentes de las ojivas de las bombas H, por ejemplo, tienen que ser reemplazados más o menos cada seis meses, porque su material radiactivo sufre desintegración nuclear y una buena proporción se transforma en otro elemento que deja de funcionar. Otros componentes tienen que ser remecanizados a intervalos regulares, porque el plutonio es un metal relativamente blando y no se mantienen indefinidamente en las necesarias tolerancias ultrafinas. Los misiles y otros vectores de transporte tienen sus propios problemas de mantenimiento. El cliché de la ciencia ficción (misiles nucleares en silos abandonados olvidados, listos para ser lanzados en el futuro lejano) es una completa tontería y merece un entierro decente.

A medida que la era industrial llega a su fin, los costes de energía, materias primas y mano de obra en el mantenimiento del armamento nuclear serán una carga cada vez más grande, ¿se podrán mantener en funcionamiento los arsenales nucleares existentes? Para volver una vez más al tema central de este blog, el Largo Descenso se verá impulsado principalmente por la incapacidad de los sistemas políticos, sociales y económicos (surgidos en la era de la energía barata y abundante) para seguir siendo viables durante la época de escasez de energía y recursos. A medida que avance el agotamiento de recursos, los sistemas que dependen de recursos escasos se verán obligados a competir entre sí por los que queden, y algunos perderán inevitablemente; cada pérdida marcará la desintegración de alguna porción del BAU en el mundo industrial. La sofisticada infraestructura que mantiene las armas nucleares y sus sistemas vectores listos para su uso en cualquier momento es simplemente uno entre tantos sistemas que dependen de energía y de recursos.

Esa es una de las razones por las que confío en que un tratado de este tipo se firmará en algún momento de las próximas dos décadas. Pero si se aplica la misma lógica de forma más general, sin embargo, la guerra nuclear podría ser una de las formas más desagradables en que podría terminar la era industrial. A medida que aumenten los costes y se derrumbe la infraestructura industrial, el reto de mantener un arsenal nuclear en condiciones de uso será equilibrado por la necesidad de mantener la apariencia de una amenaza nuclear creíble. ¿Cuál sería entonces el resultado más probable? Un fortalecimiento de la lógica de la disuasión.

Piénsalo de esta manera. Es seguro que a medida que se reduzcan las capacidades tecnológicas y el acceso a recursos cada vez más escasos, los países que tienen armas nucleares seguirán afirmando que están listos, dispuestos y capaces para aniquilar a sus adversarios. Es igualmente seguro que (en una época de disminución continua y considerando las condiciones cada vez más críticas de límites de recursos y la tecnología) la capacidad de cualquier nación dada para gestionar aquellas amenazas se irá

distanciando de las apariencias que proyecta al resto del mundo. El problema es que, salvo un fallo de inteligencia realmente espectacular, nadie va a saber lo grande que se ha hecho la brecha —entre la capacidad real de respuesta y la apariencia fortaleza que se exhibe— en cada caso determinado.

Dentro de sesenta años, los Estados Unidos (o las naciones sucesoras que hereden parte de sus armas atómicas), sin duda, todavía contarán con un importante arsenal nuclear. Pero, ¿cuántos de sus misiles y bombas serán realmente operativos, capaces de seguir una larga trayectoria contra la gravedad y encender un segundo sol sobre un destino exterior? Este será uno de los más celosamente guardados secretos de la nación. Lo mismo será cierto para cualquier otra potencia nuclear. A medida que la era industrial se degrade más y más, es muy probable que lleguemos a un punto en que ninguna nación en la Tierra conserve los medios efectivos para una guerra nuclear, pero cada una seguirá afirmando que tiene la capacidad y nadie podrá estar seguro de que todos los demás vayan de farol. Después de todo, ¿qué pasa si la otra parte ha logrado mantener un pequeño arsenal en condiciones operativas?

También es muy posible que algunas armas nucleares terminen siendo utilizadas durante las próximas décadas. Siempre existe el riesgo de que los terroristas aprovechen o fabriquen una y la hagan estallar en algún lugar, aunque es justo señalar que la mayoría de las organizaciones terroristas dependen del apoyo encubierto de algún Estado-nación, que por lo general no estará interesado en apoyar una operación que cierre el negocio con un misil balístico intercontinental. (Si los responsables del 11 de septiembre de 2001 en los EE.UU. hubiesen utilizado un arma nuclear robada en lugar de aviones secuestrados, por ejemplo, hay una posibilidad significativa de que la respuesta podría haber incluido la aniquilación termonuclear instantánea de la ciudad de Kabul, riesgo que los talibán suponemos que no habrían querido correr.)

También es posible que alguna guerra convencional o una crisis política pudieran dar lugar a una serie de errores de cálculo que podría acabar en guerra nuclear, como (por ejemplo) una hipotética guerra chino-japonesa como la que describí en un relato de ficción en este mismo blog. Los accidentes ocurren y se cometen errores. Aún así, eso no justifica la insistencia repetida en algunos sitios de internet sobre la inminente guerra nuclear que va a empezar en algún momento, una insistencia impulsada por la misma lógica que lleva tantos “verdaderos creyentes” a insistir en que la historia debe terminar en breve por la catástrofe de su elección.